

XX CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE ESCUELAS Y FACULTADES DE ARQUITECTURA

17-21 Noviembre 2003 • CONCEPCIÓN • CHILE



P O N E N C I A S

HABITABILIDAD Y MEDIO AMBIENTE

www.ubiobio.cl/xxclefa2003

ORGANIZAN :



Facultad de Arquitectura,
Construcción y Diseño
UNIVERSIDAD DEL BÍO-BÍO



Facultad de Arquitectura,
Urbanismo y Geografía
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN



Facultad de Arquitectura
y Diseño
UNIVERSIDAD DEL DESARROLLO

SIGNIFICADO Y TRASCENDENCIA DE LO EFÍMERO EN LO COTIDIANO: Metamorfosis y abandono en la Plaza de Armas de Concepción

Autores: M. D. Muñoz y L. Seguel

Departamento de Diseño y Teoría de la Arquitectura. Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño. Universidad del Bío Bío. Av. Collao 1202, Concepción, Chile

marmunoz@udec.cl

lseguel@ubiobio.cl

ABSTRACT

Este trabajo se fundamenta en la reflexión crítica sobre la desvalorización de lo cotidiano que se traduce en la pérdida de significado de la ciudad contemporánea; circunstancia que afecta, especialmente, a la trascendencia cultural de los espacios públicos, simbolizados en la plaza. El énfasis está en el reconocimiento de las múltiples expresiones efímeras de lo cotidiano en cuanto sustento del carácter propio de los lugares, desde las cuales se construye la identidad.

PALABRAS CLAVES: Identidad, cotidianidad, cultura urbana, espacio público, plaza

INTRODUCCION

¿Dónde está la prueba que algo significativo existió?

El trabajo se estructura en cuatro partes alusivas a la importancia de la plaza como lugar que da cabida a las expresiones más genuinas de la cultura urbana, radicadas en el reconocimiento de la cotidianidad y de su valor en la construcción de la memoria colectiva y la identidad. La primera parte está orientada al análisis del carácter tradicional de la plaza como lugar donde se integran los símbolos y acontecimientos cotidianos que, desde su multiplicidad, constituyen la esencia del espíritu del lugar. En la segunda parte se reflexiona sobre las transformaciones contemporáneas de la plaza de Concepción y su influencia en la pérdida de vitalidad por no considerar, como referencia sustancial, el acontecer espontáneo y su valor de reflejo de los sucesos diarios que constituyen la vida propia de la ciudad. En la tercera parte se explora la cotidianidad como base del proceso de construcción de la identidad y el significado existencial de lo efímero, cuya omisión altera tanto el sentido de pertenencia y arraigo al lugar propio como la afectividad de los habitantes por su ciudad. La última parte se enfoca a la necesidad imperiosa de rescatar la dimensión poética y la trascendencia de la cotidianidad en la arquitectura, en cuanto expresión de valores patrimoniales insustituibles.

CARÁCTER TRADICIONAL

La Plaza de Armas de Concepción, históricamente, ha sido un lugar donde se ha representado la esencia de la vida cotidiana de la ciudad, donde se cobijaban las expresiones más genuinas de nuestra cultura urbana, donde se daba cabida a los ritos y personajes que tejieron la urdimbre de una memoria por todos compartida y en la cual nos reconocíamos.

En la plaza se integraban las referencias culturales y sociales más significativas para nosotros, los habitantes de esta ciudad. Fue el centro de la vida urbana, escenario de fiestas y carnavales, sede de un mercado informal y punto de convergencia de los principales símbolos de la fe y el poder civil y religioso. Era el espacio donde se reunían los monumentos más representativos de la cultura oficial; era un centro en torno al cual gravitaban la vida social, política, religiosa, económica y comercial. La primera pérdida -relacionada con el alejamiento del símbolo del poder cívico- se produce con la demolición del edificio consistorial y el traslado de la Municipalidad fuera del contexto inmediato de la plaza. El comercio ya está en retirada, concentrándose en las nuevas estructuras extraurbanas, y en un tiempo cercano, la plaza también será abandonada por el Gobierno Regional.

La plaza, desde su origen fue lugar de encuentro de personas y culturas, era el destino de viajeros que venían desde los paisajes amados y familiares de la región o desde lugares remotos. En ella se confundían los aromas y colores de los productos europeos con los perfumes y sabores de las frutas y flores que recreaban lo recóndito del mundo rural chileno. En la plaza se mezclaban los oficios, los mendigos y los estudiantes acogidos por sus faroles.

Era lugar de procesiones que salían desde la Catedral y de paseos envueltos por los sonos militares que emergían del kiosco, dándole significado como lugar depositario de la tradición dominical. Por la tarde se inundaba de trabajadores y amores de marinos, se inflamaba de murmullos y comentarios acerca de la trama de la última película exhibida en el cinematógrafo. Las semanas se iniciaban con el habitual ajetreo matinal de los lunes, el nuevo ciclo de ritos religiosos y la llegada de los lustrabotas con renovados betunes. Cada suceso de esta intensa vida podía ser registrado por las viejas cámaras de cajón instaladas en torno a la pileta.

La plaza era también un jardín boscoso que cobijaba a los pájaros, donde ancianos y jóvenes compartían el tiempo de ocio y contemplación, donde los niños estrenaban sus juguetes apenas asomaba el sol del 25 de diciembre, donde las gitanas salían desde cualquier punto para interpretar en las líneas de las manos un futuro que se deseaba oír. Era un escenario cotidiano donde la fantasía se derramaba desde las mágicas esferas de los vendedores de globos, desde los dulces aromas del algodón de azúcar y las manzanas confitadas, de los animales exóticos expuestos junto a la diosa Ceres, de las apocalípticas profecías declamadas a viva voz por los predicadores. Era el lugar de manifestación de las utopías, de las proclamas revolucionarias y de las protestas sociales.

La plaza era el cosmos dinámico que en su acontecer reflejaba el transcurso de la historia, describiendo el espíritu de la época, las estaciones del año, las miserias y abundancias que subyacían detrás de cada uno de los testimonios de la vida pública de esta ciudad.

1. TRANSFORMACIONES CONTEMPORÁNEAS

El advenimiento de nuevas visiones y estructuras que ha traído el fenómeno de la globalidad y el proceso de transculturización -derivado de las políticas económicas, los cambios tecnológicos y la pérdida de las identidades locales- ha tenido como consecuencia la metamorfosis de los espacios públicos en su forma, uso y significado. La plaza es uno de los lugares que ha focalizado esta transformación.

La secuencia de intervenciones, progresivamente, ha ido despojando a la plaza de sus componentes esenciales. Después de cada invierno, desaparecen algunos de los viejos tilos y los que sobreviven quedan aislados sin formar parte de la envolvente verde que configuraba el lugar. No sólo se ha perdido la coherencia del tejido vegetal sino que, junto con ello, hemos sido privados del carácter tan propio de la plaza, que se fundaba en una interioridad matizada en un entramado de situaciones de cobijo que inspiraban y acogían acontecimientos de intimidad en medio de lo público.

La construcción del nuevo suelo y la eliminación de los jardines perimetrales debilitaron la potencialidad del paseo al desdibujar el sutil límite que definía un anillo de circulación. La continuidad tectónica con las calles Caupolicán y Barros Arana diluye el espacio propio de la plaza, mezclándolo con las circulaciones adyacentes. El efecto de estas acciones se percibe dramáticamente como pérdida de la entidad de la plaza, de su escala y de su primacía como espacio público.

La plaza adquirió una amplitud desmesurada que se acentúa, particularmente, en la confluencia de las calles Caupolicán y O'Higgins que quedó como una esquina desfigurada y sobrepuesta. El mobiliario también fue objeto de las reformas; los bancos han sido dispuestos sin considerar que en su anterior posición estaban respaldados por un detrás, configurado por los jardines. Su distribución actual no reconoce un rasgo identitario que poseía la plaza, radicado en la posibilidad de permanecer cobijado y, a la vez, aislado. La proximidad de los bancos, dispuestos en pares y sin distancia entre ellos, anula la posibilidad de la confianza y la tradicional forma de permanecer que, por momentos, adquiría el carácter de estar en un lugar propio donde no era posible la irrupción de una presencia extraña y cercana.

La amplitud desmedida y la excesiva transparencia, que no reconocen el carácter de interioridad de la plaza, derivan en un atmósfera de vastedad que no es capaz de sostener la intensidad de usos y acontecimientos que daban vitalidad al espacio.

Por la noche, una fría luz blanquecina acentúa la dureza que ha ido adueñándose de la plaza. Esta luz, de connotación aséptica, no invita al descanso y la contemplación al final del día; dejando en la memoria la nostalgia por aquella luz tenue y acogedora, que transformaba el acto de vivir el atardecer en la plaza en un acontecer placido y sugerente.

La plaza era un lugar de encuentros y conversaciones también íntimas; posibles en los diversos espacios de refugio que contenía. En estos remansos era posible abstraerse de la vorágine urbana sin abandonar el centro de la ciudad. La plaza fue siempre el espacio público mediador entre la naturaleza y la artificialidad; sin embargo esta cualidad no es aplicable a los nuevos espacios endurecidos por la excesiva artificialidad, que han transformado a nuestra plaza en un lugar difícil de comprender y disfrutar; en un espacio inescrutable, que ha perdido su cualidad de cobijo.

La plaza era el escenario de las manifestaciones culturales más arraigadas en la imagen colectiva que de ella tienen los habitantes de Concepción; fue fundamental en la construcción y fortalecimiento del sentido de pertenencia, cimentado en el reconocimiento y valorización de lo cotidiano. Las reformas, que irrumpen en esta cotidianidad, están dando origen a un contexto lejano y ajeno.

TEMA 1 - ARQUITECTURA COTIDIANA

2. PÉRDIDA DE LO COTIDIANO

En la plaza se cristalizaba una realidad convocadora de todos los recuerdos y afectos; en ella se asentaban las ideas de cultura propia, identidad y ciudad; conceptos que permitían anclarse para desde ahí contemplar lo nuevo. La plaza era el sustento y la síntesis de aquel mundo remoto al que siempre se desea regresar, aunque sea simbólicamente.

La plaza era un lugar colmado de aconteceres y significado. Contenía lo primordial de nuestra realidad revelándose en las inmaterialidades —ritos urbanos— que remitían a la memoria colectiva y en la materialización de una historia que se mezclaba con las cicatrices dejadas por los acontecimientos ocurridos recientemente. En la plaza se cobijaba la memoria histórica no en forma de un recuerdo lejano o fosilizado, sino como una recreación activa, desde donde emergía la identidad con el lugar. La plaza, finalmente, era el escenario cultural que daba coherencia a la vida de la ciudad ejerciendo su influencia en la cotidianidad que diariamente se iba construyendo.

La plaza fue fundamental en el proceso de construcción de identidad; era el lugar central de la trama urbana, desde donde se establecían precisas relaciones de dominio visual y espacial hacia al resto de la ciudad y el paisaje circundante. Este tema es fundamental si nos remitimos al concepto del hombre situado no por estar orientado en función de los puntos cardinales sino porque se identifica y reconoce lo suyo en todo lo que le rodea¹.

El mayor padecimiento del hombre desorientado y errante, de acuerdo a Morales², radica en que vive en lo imprevisible y, por lo tanto, temible; en el tiempo y el espacio le espera lo inesperado, la continua mudanza. El rescate de valores permanentes, nacidos de la sedimentación de lo cotidiano y arraigados en la memoria, es un imperativo porque garantiza la pervivencia del sentido de ubicuidad cultural.

Nuestra posición no es contraria a los procesos de transformación urbana cuando estos se fundamentan en el reconocimiento de señales culturales trascendentes y, por tanto, inalterables e imprescindibles. Creemos necesario instaurar transformaciones que den cabida a cualidades reconocibles y significativas, compartidas por todos. Las metamorfosis y transformaciones son positivas sólo cuando representan la posibilidad de enriquecer espacios vacíos de significados o cuando enfatizan lugares evocadores de la cultura y realzan los signos coherentes con la propia identidad.

Las plazas chilenas, tradicionalmente, han sido espacios de convergencia de los signos y valores más representativos de la identidad de cada ciudad, han sido expresiones de un acontecer arraigado en la memoria colectiva, son espacios que no pueden transformarse en lugares enigmáticos ante los cuales los propios habitantes de las ciudades se sientan perdidos y desorientados.

3. TRASCENDENCIA CULTURAL DE LO COTIDIANO

El próximo año se conmemora el centenario del nacimiento de Pablo Neruda; el más célebre poeta chileno y uno de los principales protagonistas de la cultura universal. El gran mérito de su obra fue rescatar de las oscuridades del olvido a los símbolos de la cotidianidad para dotarlos de significado y trascendencia. En las Odas Elementales se dignifican objetos, lugares y costumbres de la vida cotidiana para integrarla al conjunto de valores que dan sentido a nuestra manera de ser y de habitar. Al dar dimensión poética a la cotidianidad, Neruda señaló un horizonte trascendente que la arquitectura, en cuanto expresión de valores culturales, debiera alcanzar.

Este desafío nos parece enorme porque tenemos la percepción que la arquitectura no está recogiendo la realidad cotidiana en la construcción conceptual y material de la obra. Este planteamiento, que adquiere carácter de denuncia, surge al observar la ausencia de reconocimiento, en la arquitectura y la ciudad, de la vitalidad generada por lo cotidiano. Es una arquitectura, que en su programa y en su imagen, prescinde de lo más genuino de nuestra expresión cultural, enraizada en el acontecer habitual.

Las ciudades Latinoamericanas, históricamente, han estado expuestas a cambios sustanciales y precipitados que, indefectiblemente, alteran la vida cotidiana, eliminan la riqueza de múltiples expresiones cultivadas en la vida diaria y destruyen cualidades propias arraigadas en el uso del espacio público, alterando la evolución de procesos que podrían llegar a constituirse en expresiones identitarias.

Aún hoy, en nuestra plaza transformada, es posible ver huellas culturales erráticas que interrumpen la indiferente espacialidad contemporánea. Pero, estos restos de una historia afectivamente cercana, porque remite a vivencias y significados arraigados, ya no tienen lugar asignado.

En esta ponencia hemos presentado a la plaza observándola desde su valor para la construcción de la identidad, tema clave en unas ciudades cada vez más distantes y distintas, rescatando su significado como espacio orientador y convocador de las referencias culturales a partir de las cuales se construye la cotidianidad.

¹ MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p. 178

² MORALES, José Ricardo: *Arquitectónica: Sobre la idea y el sentido de la arquitectura*. op. cit. p. 174

TEMA 1 - ARQUITECTURA COTIDIANA

En cada manifestación de la cotidianeidad se encuentra la síntesis de nuestra particularidad cultural, cuyo fulgor debería iluminar el acontecer de la ciudad y revelar la esencia de la vida cotidiana con su confusión de colores, sonidos, texturas y aromas propios. Esto constituye la imagen verdadera de una ciudad. Cuando la arquitectura es coherente con este principio, porque se nutre de realidades efímeras pero trascendentes y muchas veces invisibles a la mirada, podemos reconocernos en esa vida y sentir afecto por ella.